

Clara Voghan

*Elegir
al mentiroso*

edición digital



© Clara Voghan, 2008

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los derechos reservados.

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO I

Paula escuchó el ruido del elevador al detenerse, y corrió hacia la cocina.

¿Sería posible? Apenas eran las siete y media, y su horario acababa a las ocho.

Encendió el monitor que tenía enfrente.

Sí, era él. Era fácil reconocerlo... Y sí, como en las fotos, se veía espectacular. Y sí, como era de esperar de un hombre que vivía al borde del peligro, comenzaban a atacarlo allí frente a sus ojos, y a la cámara de circuito cerrado de televisión, que, por supuesto, él no ignoraba que lo estaba enfocando. ¡Vaya escenita! ¿Para eso se había molestado en construir aquella “pecera” a prueba de balas a la salida del elevador? Por lo visto, no tanto para protegerse, sino como para poder empujar a la dama de turno contra ella con violencia, sin que se hiciera pedazos. ¿No podían esperar a llegar al dormitorio, a esa cama inmensa de dos metros por dos, que él tenía?... ¿Iban a hacerlo allí?

Paula apagó el monitor. A diferencia de otros circuitos cerrados de vigilancia, aquel era a todo color y muy nítido. Y lo último que le estaba haciendo falta a esa altura de su

soledad, era tener que contemplar una “pornográfica” protagonizada por su jefe.

Se acomodó el cabello, y volvió a mirar el reloj. Las siete y treinta y cinco... ¿Qué hacía? ¿Esperaba hasta las ocho de la noche, o huía por la puerta de atrás?... Le habían insistido tanto con aquello de “cumplir el horario”, que irse antes de tiempo no parecía la mejor carta de presentación con un jefe que por fin iba a conocer, luego de haber trabajado en su casa por más de dos meses.

Pero aún desde allí, y con el monitor apagado, podían escucharse los gemidos, (¿gemidos?, ¡aullidos! ¡Vaya perra!)

Buscó en su bolso y encontró su viejo mp3. En él estaba grabado el texto del artículo que había presentado en la revista Perfiles, y que, como todos los demás, no le habían aceptado. Se calzó los auriculares, y volvió a escuchar su propia voz. Sí, esa era la parte más interesante... Lástima que nadie se había tomado el trabajo de...

No pudo continuar. Una suave brisa la obligó a mirar hacia la puerta que comunicaba con la sala.

Y entonces lo vio.

No... No era como en las fotos. ¡Era mejor! Ojos de un azul vibrante, piel dorada por el sol, pelo corto de un negro intenso, ¡y unos músculos!... Unos músculos muy a la vista, porque, (¡qué casualidad!), ya no llevaba camisa, (¡un

milagro que la señorita le hubiera dejado puesto el pantalón!)

—¿Quién eres tú?! —preguntó sorprendido, al verla.

—Soy Paula, su asistente domiciliaria.

—¿Mi qué?!

—Asistente domiciliaria... Lavo, cocino, limpio...

—¿Eres la criada? —preguntó Ezequiel Cárdenas, confundido.

—Sí, soy como una criada, pero cobro mil pesos más.

Su jefe la observó, atónito.

—¿Qué haces aquí a esta hora?

—Mi horario comienza a las diez de la mañana, y termina a las ocho de la noche.

—También el de Berta, pero ella nunca estaba aquí a esta hora.

—¿Prefiere que me retire? —preguntó esperanzada.

—¡No!... Está bien... Tienes que cumplir con el horario. Es que...

Volvió a observarla, pero esta vez con la mirada insolente de un hombre hacia una mujer hermosa.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Paula.

—Te llamaré Berta. No soy bueno con los nombres.

Por un segundo la muchacha lo miró desafiante, pero de inmediato suavizó el gesto.

—Como guste —le contestó con fingida humildad—, pero va a tener que disculparme si no le respondo. Mi memoria tampoco es buena. Acudiré si me dice “asistente”, o “señorita”, o “sirvienta”..., o simplemente Paula. Pero si me llama por otro nombre, pensaré que se está refiriendo a alguien más...

“¡Conque esas tenemos!”, se dijo Ezequiel. Aquella “asistente” no iba a durarle mucho. Demasiado linda, y demasiado orgullosa. Y en esa casa, para lindo y orgulloso, bastaba con él.

—Ya que estás aquí, Berta, sirve algo para comer... ¿Qué se te ocurre?

—Puedo preparar algunos bocaditos de salmón ahumado chileno, y otros con paté de ciervo... ¿Vino, o champagne?

—¿Tú que me recomiendas?

—Vino, si quiere demorar la charla...

—Entonces, definitivamente champagne. Trae todo ni bien lo tengas listo.

Paula volvió a mirar el reloj. Las ocho menos cuarto. Tendría que apurarse si no quería hacer esperar a Ariel.

Comenzó a abrir latas y paquetes, y a acomodar todo en una bandeja, con el arte suficiente como para justificar los mil pesos extra en su salario.

En cuestión de segundos, (con una alacena tan bien surtida aquello era fácil), el plato pareció salido de la cocina de un chef.

Satisfecha se acomodó el cabello y la camisa, y se dirigió hacia la sala, dispuesta a terminar con aquel trámite cuanto antes.

La “dama” que estaba allí no se inmutó por su presencia, y continuó hablando con su galán como si estuvieran solos. Y eso que, a juzgar por como estaba prendida a su víctima, debía tratarse de una charla muy íntima.

—Ay, querido, me siento un poco culpable...

Paula apoyó la bandeja en la mesa, acomodó el champagne en el balde, y se dispuso a retirarse cuanto antes. Pero su jefe, soltándose de aquel pulpo, se puso de pie y la interceptó.

—¿Sabes destapar el champagne y servirlo?

—Sí —respondió su empleada con simpleza, un tanto intimidada por los ojos claros de él.

Realmente era un hombre hermoso. Bastante insoportable, pero hermoso.

Con paciencia Paula volvió a la mesa, y comenzó a luchar con el corcho, tratando de mantener la elegancia que la situación ameritaba.

—En realidad, me siento muy culpable. Sé que eres el novio de Susy, y ella es mi mejor amiga...

“Se nota”, pensó Paula, sin poder evitarlo.

—... y esto que ha ocurrido entre nosotros...

—Susy sabe a la perfección como son las cosas conmigo —se defendió con crueldad aquel galán—. Sólo sexo. No me va el papel de novio, o marido.

“Vaya idiota”, se dijo Paula, perdiendo la compostura ante aquel corcho que se resistía a su escasa maña.

—No puedes decir eso en serio —se espantó su amante.

—Jamás le miento a una mujer.

“¡Seguro!”, pensó Paula.

Pero la dama, lejos de tomarse a mal tanta franqueza, se arrojó en brazos de su acompañante, a la par que exclamaba: —¡Pobrecito, mi sol! Deben haberte lastimado mucho...

—¡No! —se defendió él, mientras contemplaba divertido e inmóvil los pesares de su nueva empleada, en su lucha contra la botella—. ¡Ninguna mujer me ha dañado! Y voy a hacer lo posible para que eso siga siendo así... Lo bueno del amor es no tomárselo demasiado en serio.

“¡Vaya pelmazo!”, se decía Paula que, de haber estado sola, hubiera recurrido a su viejo truco de usar un rompenueces como pinza.

—Eso lo piensas porque nunca te has enamorado. Pero algún día querrás formar una familia, y...

En su desesperación, Paula dio un último e inútil tirón al corcho, que la hizo perder el equilibrio, y caer con la botella al suelo, (¡muy poco profesional de su parte!)

Ezequiel Cárdenas, el periodista más controvertido de la política nacional, la observó sonriente, se tomó un tiempo para contemplar su humillación, y recién entonces se acercó para ayudarla a ponerse de pie.

—¿Una familia? —repitió, parado junto a su empleada, mientras abría la maldita botella con un gesto mínimo de su pulgar—. Para evitar toda tentación me he hecho una vasectomía... Mi vida ya es demasiado complicada.

A pesar de que su situación no era la más cómoda, Paula se apuró a servir las copas con arte, (eso sí lo sabía hacer bien: en dos etapas, sin tocar el cristal, cuidando de no abusar de la espuma, y girando la botella para que no chorreará) Pero en su fuero íntimo, pensó: “¿Una vasectomía? ¡Y lo bien que ha hecho! Lo último que necesita la humanidad es otro presumido como este”.

La joven se apuró a servir los tragos, los canapés, y se quedó firme, parada junto a la mesa, esperando, (rogando), porque su jefe la dejara ir.

La fulana aquella, indiferente a su presencia, había vuelto a asirse a aquel galán de músculos superdesarrollados, (pero insignificantes al lado de su gran ego) Entre beso y beso, (¡y qué besos!), Paula miraba hacia la ventana, y seguía esperando.

¿Acaso esa gente no tenía vergüenza?

—Puedes retirarte, Berta —ordenó aquel gusano al fin.

(No... No se había confundido. La había llamado así a propósito. Pero si él era porfiado...)

La joven permaneció firme en su puesto, como si nada.

—¿No escuchaste?! —dijo él por fin, perdiendo la paciencia—. ¡Puedes retirarte!

“¿Era a mí?”, pareció preguntar la bella muchacha, con un gesto inocente, justo antes de salir de allí rumbo a la cocina.

Ezequiel Cárdenas parpadeó.

Sí...

Aquella niña tenía los días contados en su casa.

* * *

Tercera cita...

Ya había esperado bastante. Y es que desde la primera, trataba por todos los medios de arrastrar a la tal Paula a su

departamento con cualquier excusa. Bastaba que ella mencionara algo, lo que fuera, para que él sacara inmediatamente a colación su casa. Si ella decía “Me gusta el cine”, él respondía: “¡No sabes los videos que tengo! ¿Quieres que vayamos a verlos?. Si, en cambio, comentaba: “Estoy haciendo un trabajo sobre política internacional”, Ariel se apuraba a mentir: “En mi departamento tengo millones de libros sobre el tema. ¿Por qué no vienes a elegir alguno?”... Quien lo escuchara hubiera pensado de inmediato que su casa era un verdadero Disneylandia de la cultura y la diversión, sin sospechar que sólo se trataba de un pequeñísimo departamento de dos ambientes, con una gran cama.

Sí, ya se estaba cansando de jugar al gato y al ratón. Había sido bastante obvio. Lo único que le había faltado decir era “ven a mi casa para que te parta al medio”..., pero igual se entendía.

¿Por qué las mujeres interesantes eran siempre las más estrechas?

Pues aquella Paula no era tan bonita como para ameritar más salidas, sin alguna recompensa. Tres citas eran más que suficientes. Le iba a hablar sin rodeos...

Ariel Funes levantó la mirada, y sonrió.

Allí estaba ella: menuda, ni demasiado gorda, ni demasiado delgada, castaña, con pelo largo y ondeado, y ojos como los que había tantos. Paula Ventura. Una

muchacha común... Pero una muchacha común que tenía algo en la forma de plantarse que la hacía especial.

Quizás esa seguridad propia de las mujeres que se saben hermosas, o aquel brillo inteligente en su mirada. O la sensualidad de sus movimientos. O la pasión con la que...

Sí, tres citas eran más que suficientes... Aunque, quizás, si ella no aflojaba, bien podía esperar algunas más.

* * *

—¿Por qué te vas?

—¿Cómo que “por que me voy”? ¿No es evidente?... Esta provincia es importante, pero el mundo no termina aquí.

—¿Y acaso termina en Buenos Aires? ¿Crees que en la Capital vas a encontrar algo distinto?

—La ciudad de Mendoza es sólo un pueblo grande.

—Pero aquí en Mendoza eres uno de los periodistas más prometedores. En la Capital, en cambio, vas a trabajar en una revista de chismes.

—De actualidad.

—Por monedas.

—Es mi vida, y hago lo que quiero con ella.

Georgina miró a aquel hombre que le dolía tanto, por última vez. Iba a perderlo, sin haber tenido el valor para encontrarlo.

Suspiró.

Sí, ya no lo vería jugar con sus lentes, buscando inútilmente el mejor enfoque para sus bellos ojos celestes, que, como él, eran tan hermosos como torpes. O acomodar sus cabellos rubios. O hacer ese gesto nervioso con sus labios...

Sí, esa era la última vez que iba a poder estar junto a Juan Pablo, sentirse protegida entre sus brazos. La última oportunidad que tendría para que la acunara con esa dulzura que le era tan propia.

—¿Te vas por ella, no?

—¡¿Qué dices?! ¿Por quién?

—Tú lo sabes... Por ella. Por tu amiga. Por Paula Ventura... Vas a buscarla, ¿no?

Su jefe la miró, abatido.

—¿Soy tan obvio?

—¿La amas?

—Desde siempre, aunque nunca encontré el valor para decírselo... Pero no puedo olvidarla.

—Pues ella parece haberte olvidado a ti. ¿Cómo sabes que no se fue a Buenos Aires para estar con alguien más?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Siempre ha habido algo o alguien entre ella y yo. Pero no voy a pasar el resto de mi vida preguntándome que hubiera ocurrido de haberme atrevido a hablar.

La joven lo miró adolorida, ocultando sus lágrimas. Pero finalmente le respondió.

—Entonces entenderás por qué te voy a decir esto: yo... yo te amo, Juan Pablo. Has sido mi primer hombre, y no quiero, ni puedo olvidarte.

Su jefe se deshizo ante sus ojos.

—¿Cómo que el primero?... Me dijiste que...

—Te mentí. El primero y el único. Sabía que si te confesaba que era virgen no ibas a querer tocarme...

—Pero..., no sangraste.

—No todas sangran.

—¿Estás seg...? —comenzó a decir. Pero no tuvo el valor de terminar una pregunta tan ofensiva. Después de todo, ¿por qué iba a mentirle?

—Escucha, Georgina, lamento... Lo lamento. No sé que decirte, excepto que yo no siento lo mismo por ti... Tuve que callar durante demasiados años lo que me pasaba con Paula, pero ya no aguanto más... Y tú mereces alguien que te quiera. No un mentiroso que susurre palabras de amor a tu oído, mientras sueña con otra. Yo no puedo engañarte.

Odio la mentira, aunque sea por una buena causa... Lo lamento.

Georgina lo miró adolorida. Sí, quizás Juan Pablo lo lamentaba de verdad, pero de seguro ella iba a hacerlo mucho más.

¿Que tan confiables serían esas estúpidas pruebas de embarazo?

* * *

—Disculpa la demora, Ariel. Es que por fin he conocido a mi jefe... ¿Se nos ha hecho tarde para el cine?

—No importa, Paula... Podemos ir a mi casa, y...

—Sí, podemos ir a tu casa... Pero vamos a quedarnos aquí.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás evitando?

—A ti no. Tú me gustas mucho.

Ariel la miró sorprendido. No era común tanta sinceridad en una mujer.

—¿Y entonces?

—Es tu casa lo que evito.

—No entiendo.

—Oye, es nuestra tercer cita, y creo que hay algo de química entre los dos.

—Yo creo lo mismo.

—Así que es bueno hablar las cosas de frente.

—Yo creo lo mismo.

—Tú quieres que yo vaya a tu departamento para...

—Para que pasemos un buen rato, y...

—Para que tengamos sexo.

—Bueno, si se da...

—¿Qué? —preguntó divertida— ¿Y si no se da? ¡Vamos! El sexo es parte del paquete.

—Una parte placentera...

—¡De eso se trata! Para mi tener buena química no necesariamente significa que...

—¡¿Y cuántos días pretendes hacerme esperar?! —la interrumpió Ariel con impaciencia. Pero de inmediato volvió a suavizar el tono— Me refiero a que..., no quiero presionarte. Tómame tu tiempo.

—Pues será mucho... No pienso tener sexo fuera del matrimonio.

—¡¿Qué?!

En verdad Ariel estaba escandalizado.

—¿Es una burla? —insistió.

—¡No!... El sexo es algo demasiado importante como para...

—¿Estás loca?!... ¿Pertenece a una secta, o algo así?

—Algo así... Es el catolicismo, ¿lo escuchaste nombrar?

—¡No seas ridícula! ¡Hasta los obispos tienen sexo, y justo a ti, con esas tetas y ese culo, se te da por la moral!

—No pensé que te iba a molestar tanto.

—¿Cómo que “no pensaste”? ¿Para qué estábamos saliendo, entonces?

—¿Charlar? ¿Conocerse?... ¿Pasar un buen rato?

—¡Una mierda! Para eso busco un amigo, y no tengo que pagar la consumición.

—Pero me dijiste que te interesaba una relación seria, y que, incluso, te veías con hijos en un futuro cercano.

—¡Una mierda! Son las pelotudeces que uno dice para ganarse una mujer.

—¿Me mentiste?

—¡Eso se supone que uno haga! ¡Para eso son las citas!... Y cuando una muchacha se hace la estrecha como tú, se entiende que es sólo para darle un poco de emoción al momento de la cama. No porque ella sea una fanática religiosa, o...

—¿Pero... no la pasábamos bien juntos? ¿No te gustó?

—¿Qué?! ¿El cine italiano? ¿La política internacional? ¡Por favor!... Aburrido, aburrido, aburrido... Y tú no eres ni tan hermosa, ni tan joven como para hacerte rogar tanto.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Lo que no entiendo es... Si lo único que buscabas era sexo, ¿por qué no pagaste por una puta, en vez de perder el tiempo conmigo?

—Yo no pago por una mujer.

—¿Y mentir te parece más digno?

Ofendido, aquel fulano se levantó de un salto, dejando sola a la muchacha en el medio del bar.

Definitivamente ese no era un buen día para Paula. Primero su jefe, y luego esto.

Giró la cabeza para llamar al camarero, pero, para su sorpresa, al darse vuelta volvió a encontrar a su galán sentado frente a ella, como si nada hubiera ocurrido.

—Casi me hiciste caer —le dijo él con una sonrisa.

—¿A qué te refieres? —preguntó la muchacha, confundida.

—Es cierto... Mis intenciones no eran tan honorables. ¡Pero no te mentí! De verdad me veo en una relación formal dentro de poco... Entiendo que quisieras ponerme a prueba, y...

—Ariel... Oye... No te gastes. No te estaba poniendo a prueba... Nada de sexo hasta el matrimonio. Lo tomas, o lo dejas.

—Para chiste, ya me resulta estúpido.

—No es un chiste.

—Entonces la estúpida eres tú. ¡¿Quién te crees?! ¿Piensas que de verdad vas a conseguir así marido, o es una trampa para ocultar que eres frígida? ¡La gente común y corriente no vive tanto tiempo sin sexo!

—Ariel... Cálmate. Nos están mirando. Escucha, eso es lo que he estado intentando decirte desde el principio. No soy una mujer común y corriente. Y, ¿sabes?, pensé que tú también podías ser alguien especial. Pero me equivoqué... Hazme un favor: borra mi teléfono de tu celular, y olvida que nos conocimos. Esto no ha sido más que una equivocación. Y la próxima vez, si no quieres perder el tiempo y el dinero, ve de frente. ¡Odio a los mentirosos! Y no soy la única.

El tipo volvió a levantarse, y comenzó a caminar con paso firme hacia la salida. Pero cuando ya estaba frente a la puerta, se dio vuelta y la contempló. ¡Qué tetas! ¡Qué labios!

—Oye... ¿Estás segura? Soy muy bueno en la cama –le susurró al oído a la muchacha.

¿Cómo había llegado de nuevo hasta allí?

Como fuera, por toda respuesta Paula meneó la cabeza con furia.

Su jefe, Ariel...

¿Adónde estaban los hombres de verdad?

* * *

—Juan Pablo Pavón

—Tu curriculum es impresionante, Juan Pablo. ¿De verdad has hecho todo esto, o exageraste un poquito?

—No me gusta mentir.

El anciano lo miró con sorna.

—La sinceridad no es precisamente la mejor virtud para un periodista. Nuestro trabajo es manipular la verdad, dosificarla, y adornarla, para poder vender revistas.

—Sé vender revistas. Sé como hacer una noticia interesante... Pero no me gusta mentir.

—Como sea, el puesto ya es tuyo. Arroyo te recomendó, y con eso me basta. Pero hay algo que quiero que entiendas: la gente sólo compra nuestra publicación por las fotos. Un buen culo vende más que la noticia más caliente. No te gastes en hacer notas controvertidas, porque no nos interesan... ¿Tienes adónde vivir?

—Vendí mi casa en Mendoza, y me compré un pequeño departamento aquí cerca.

—Entonces has venido para quedarte.

—Esa es mi intención. Casarme, y radicarme en la Capital.

—¿Y para cuándo la boda?

Juan Pablo lo miró, sorprendido. Pero en su corazón latía sorda una única respuesta: ¡cuánto antes!

Ya había esperado demasiado.

* * *

—Pasa...

—¡Guau, Ezequiel! ¿Este vidrio es blindado?

—Lo soporta todo.

—Quizás ponga uno de estos yo también. El guardia de la entrada no es ninguna seguridad, y después de lo que ocurrió en la redacción el otro día, no me gustaría encontrarme con una sorpresa.

—Toda precaución es poca.

—Y más si te metes con el presidente... No sé por qué te gusta arriesgarte... Si yo tuviera tu dinero...

—Estarías tan aburrido como yo. Siéntate, por favor. ¿Qué te sirvo?

Guido Méndez se acercó al bar, encantado.

—¿Esto es licor de huevo? ¡Hace mil años que no lo tomo! ¡Sírreme el licor!

—¡¿Estás loco?! —se espantó Ezequiel Cárdenas—. Esto lo tengo para las mujeres.

—¡Pero me gusta! Y me trae buenos recuerdos. Solía robarlo de la alacena de mi abuela, cuando tenía cinco años.

A pesar del entusiasmo de Guido, su anfitrión olió la botella con desconfianza.

—¿Es dulce? —le preguntó a su invitado.

—¡Dulcísimo!

—¿Y dirías que es suficientemente pegajoso?

—¡Sin duda!

Ezequiel sirvió un vaso grande de ginebra, y dos pequeñas copas de licor amarillo.

—¿Te convencí? —se entusiasmó su amigo—. ¿Vas a probarlo?

—No. Para mí es la ginebra.

—¿A las tres de la tarde?

—Da lo mismo.

—Y entonces, ¿para quién es el otro vaso?

—¿Este? —preguntó su jefe, mientras arrojaba su contenido sobre el piso immaculado.

—¡¿Te has vuelto loco?!

—No... Toma tu copa.

—¿Por qué hiciste eso?

—Es un pequeño obsequio para la criada. Todos los días arrojo algo para que tenga que limpiarlo.

—No entiendo.

—No soporto a esa muchacha. Es una engreída... Y creo que el odio es mutuo. A la muy idiota le molesta que le diga Berta.

—¿Le molesta que la llames por el nombre?

—No se llama Berta. Se llama Paula.

—¿Y por qué le dices Berta, entonces?

—Porque Berta fue la primera. Y luego de ella hubo una verdadera catarata de Primitivas, Prístinas, Balbinas, y otras lindezas por el estilo. Cada una que llegaba tenía un nombre más raro, y duraba menos. Así que decidí cortar por lo sano, y llamarlas a todas Berta.

—¡Vaya déspota que resultaste! En este país la esclavitud se abolió en 1813... ¿Nunca se quejó ninguna?

—Algunas... Y hubiera entendido si esta lo hubiera hecho, porque parece más inteligente que las otras. Pero no.

Como con todo lo demás, simuló hacerme caso, pero terminó haciendo lo que se le daba la gana. Ella agacha la cabeza con la sumisión de una criada, pero actúa con la altivez de una princesa. ¡Y yo le pago demasiado dinero como para tener que sufrir su orgullo!

—Si tanto te molesta, ¿por qué no la despides? —preguntó su amigo, mientras revisaba los costosos y modernos aparatos ocultos detrás de un panel de madera.

—Ganas no me faltan... Pero el servicio doméstico es una porquería. ¡Parece que hiciera falta un master para poder limpiar un retrete! Y esta es buenísima limpiando retretes.

—¿Es buenísima, o está buenísima? —preguntó el otro, con la vista fija en el monitor de vigilancia, mirando encandilado—. ¡Guau! ¡Qué tetas!

Ezequiel se acercó a la pantalla. Allí, a todo color, y con total claridad, podía verse a su empleada en el cuarto de planchado, mientras se estaba cambiando.

Por un momento él también se perdió en los destellos de la imagen, pero de inmediato reaccionó, apagándolo.

—Se acabó el show. Si quieres ver mujeres desnudas, paga la entrada.

—¡Por eso le tiras cosas al piso! No para humillarla, sino para verle el culo cuando se agacha —se burló su amigo.

—¡No seas idiota! Es una mujer común y corriente.

—¿Y qué? ¿Prefieres una con tres tetas? Las dos de esta son suficientes para mí.

—Oye, ¡basta!... Volvamos al trabajo.

—De acuerdo... Pero, ¿sabes?, me arrepentí. Este licor es muy dulce. Prefiero un whisky... con hielo.

—¿Con hielo?

Ezequiel miró a su amigo con desconfianza.

—¿De verdad quieres el hielo, o sólo intentas ver el culo de mi empleada?

—Las dos cosas —respondió el otro, divertido. Pero de inmediato agregó—. No, de verdad. Ese licor tiene un gusto horrible.

De mala gana Ezequiel se dirigió hacia la cocina. Pero fue cuestión de abrir la puerta, para que la mismísima Paula quedara atrapada entre sus brazos.

Sí... Buenas tetas. ¡Y naturales!

—Perdón —se disculpó la joven—. Vi que el monitor de la sala se había apagado, y estaba yendo a controlar.

—¿No te diste cuenta que habíamos entrado al departamento? ¿No vigilas?

—Había estado limpiando el balcón, y luego me fui a cambiar.

—Sí... Ya lo notamos —le reprochó—. La próxima vez usa el baño. Sabes que hay cámaras por toda la casa.

—Pero en la sala de planchado no —respondió Paula, poniéndose colorada.

—También allí... ¡Trae hielo, Berta! —gruñó aquel hombre tan hermoso como malhumorado, justo antes de salir del cuarto.

Paula se quería morir. ¡La habían visto cambiarse! Claro que el espectáculo no era muy distinto al que se podía tener en una playa, (sus sostenes y sus bragas no eran tan sensuales como prácticos), pero el hecho de haber sido atrapada en un acto tan íntimo la hacía temblar de rabia y vergüenza.

Luchó vanamente por ajustar todo su cabello en un apretado rodete, se acomodó la camisa, y recién entonces llenó el pequeño recipiente de plata con los cubos perfectos y cristalinos que saltaban de la puerta del refrigerador.

Pero al entrar a la sala, y toparse cara a cara con aquel buen mozo increíble que le sonreía una vez por semana desde la pantalla del televisor, la pobre muchacha casi deja caer todo al piso.

¡Era Guido Méndez, el conductor de “RLP”, en persona!

Si su jefe era espectacular, aquel tipo estaba todavía mejor. Tan buen mozo como el otro, se lo veía, sin embargo, más humano, más dulce y juguetón. Su cabello castaño clarísimo, (¿se habría hecho reflejos?), caía en

forma desordenada sobre su frente, pero sin ocultar sus bellos ojos verdes. Debía tener la misma edad que Cárdenas, (no mucho más de treinta), y como él, cada músculo de su cuerpo estaba esculpido con gracia. La piel de ambos se veía reluciente, oscura de tanto sol, (¡y eso que últimamente llovía casi todos los días!)

Tanto él como su jefe estaban “producidos” con la obvia intención de desatar miradas apasionadas a su paso. No eran como cualquier otro muchachito atlético que pudiera verse por la calle. No. Entre ellos, y los demás, debían existir al menos cinco mil dólares de diferencia, invertidos en gimnasios, diseñadores, y camas solares. ¡Y cómo se notaban!

Paula había hecho todas estas reflexiones en apenas tres segundos. Otros cinco le llevó depositar el hielo en la barra del bar. Así que en menos de diez, ya estaba a punto de retirarse.

—Espera... No te vayas —le rogó el tal Guido en tono juguetón—. A tu jefe se le ha caído algo de licor al piso..., ¿puedes limpiarlo?

Al escuchar a su amigo, Ezequiel lo fulminó con la mirada, pero se abstuvo de hablar hasta que la muchacha se retiró. Y entonces gritó.

—¡Cerdo! Quieres que limpie para poder mirarle al culo.

—Eso es más inocente que humillarla.

En cuestión de segundos, Paula volvió al cuarto. Pero lejos de acarrear trapos o baldes, apenas llevaba una pequeña aspiradora manual.

Para decepción de sus ocasionales admiradores, en menos de un instante ya había recogido el líquido derramado, sin mayor esfuerzo, y prácticamente sin tener que inclinarse.

—¿Así de rápido? —preguntó Ezequiel, sin ocultar su decepción.

—Esto es una maravilla —explicó la joven, como si se tratara de un comercial—. Aspira sólidos y líquidos... La uso todos los días, a la hora de limpiar sus... sus descuidos

Guido la observó sonriente, y no pudo evitar la tentación de azuazarla.

—¿Y Ezequiel tiene muchos de esos “descuidos”?

—A mi no me molestan —mintió la muchacha con un tono que, a la legua, se notaba sarcástico—. Yo tenía un vecino alcohólico, que también sufría muchos de esos, así que no me sorprenden... Permiso.

Paula volvió a la cocina en el momento justo en que Guido dejaba escapar una risotada.

—¡Te llamó borracho!... ¡Y en tu cara! —se burló con crueldad— ¡Esa muchacha es una genio!

—Es una desfachatada. Y así es con todo. ¡Te lo dije!

—Despídela..., y la contrato yo. Me fascinan las mujeres inteligentes, y esta en particular, que te ha hecho quedar como un idiota... Claro que yo no me conformaría con que me hiciera la cama. También la querría adentro de ella.

—No seas torpe... Las mujeres así sólo traen complicaciones. A una víbora como esta le debo el principio de mi fortuna. Les basta con abrir la boca para destruir a un tipo.

—¡Momentito!... Eso si eres tan estúpido como para casarte. Yo no busco esposa. Una criadita como la tuya, en cambio, me vendría genial... ¿Cuándo te la vas a llevar a la cama?

—Como a todas, cuando me canse de verla por aquí... No hay cosa que me haga olvidar más rápido a una mujer que acostarme con ella. Después del sexo todas pierden el orgullo, y se vuelven dependientes y demandantes. Y a mi no me gusta andar arrastrando cargas.

—A mi tampoco.

—¿Estás seguro? Porque las revistas dicen...

—No creas todo lo que dicen las revistas. A veces los periodistas somos un poquitín mentirosos —respondió Guido con picardía.

Y los dos hombres rieron con ganas.

* * *

—Idiota.

El tipo que tenía sentado a su lado en el bus, observó a Paula con desconfianza. La muchacha se dio cuenta de que había hablado en voz alta, y se apuró a perder la mirada por la ventanilla, simulando indiferencia.

¡Se moría de rabia! Y fue cuestión de abrir la puerta de su pequeñísimo departamento, para estallar en una andanada de improperios.

—¡Estúpido, idiota, engreído!

—¿Quién? —se asustó Greta, su compañera.

—¡¿Quién va a ser?! ¡Mi jefe!

—Pero ayer decías que el tipo era un genio...

—Porque no lo había visto en toda la semana. Y como periodista, de verdad es un genio. ¡Pero como hombre! ¡Es detestable!

—¿Qué te hizo esta vez?

—Guido Méndez y él se estuvieron burlando de mí.

—¡Guido Méndez!... ¿Conociste a Guido Méndez? ¡Me muero!... ¿Es tan buen mozo como se ve en la tele?

—Más... Pero el problema no es él. Guido parecía un poco baboso, pero igual era simpático. Y además, con esa sonrisa, le puedes perdonar todo... ¡No! ¡El problema es el otro!

—¿Tu jefe? ¿Ezequiel Cárdenas?

—El estúpido ese.

—¿Qué te ha hecho?

—Primero, lo de siempre. Su famoso “charquito”, para humillarme.

—¿No estás un poco paranoica? ¿Cómo sabes que es a propósito?

—El tipo es un enfermo de la prolijidad. Lo único que deja tirado son papeles, y sólo lo hace en su escritorio, los días que está de malas. ¡Pero por el resto! ¡Hasta coloca la taza del desayuno en el fregadero!

—¡Un marido ideal!

—¡No sabes lo que dices! Un marido es mucho más que una taza guardada, o una tabla de retrete limpia.

Un hombre de no más de veinticinco, vestido apenas con una toalla que tapaba lo mínimo indispensable, (y con algunos movimientos, incluso un poco menos), asomó por el vano de la puerta de la sala, y al escuchar el final de la frase, empalideció.

—Quédate tranquilo López —lo apaciguó Greta—. No se refiere a ti...

Y luego la muchacha se vio en la obligación de aclarar: —El muy estúpido escucha la palabra “marido” en boca de una mujer, y sufre un colapso.

—¿Qué hace él otra vez aquí? —se quejó Paula, hablando como si el aludido no estuviera presente.

—Decidimos darnos otra oportunidad.

Paula suspiró. Sabía exactamente lo que eso significaba: largas horas de insomnio. Para su desgracia, el cabezal de la cama de su amiga golpeaba justo contra la pared de su cuarto. Rítmicamente, toda la noche. Todas las noches... ¡Así era imposible dormir!

—¿Y el tipo de la exposición?

—Un idiota... ¿Y Ariel Funes?

—Otro idiota.

—¿Quieres que le pida a López que te presente un amigo?

—¡Basta, Greta! Ya estoy harta de las citas que me arreglas.

—¡Qué humor, querida! No te vendría mal un poco de sexo, para suavizar ese carácter de mierda que tienes... Pareces una vieja amargada.

—Como que a ti te veo tan contenta y satisfecha...

—No hay nada mejor que un potro de veinte para que te dibuje una sonrisa.

—Lástima que dura sólo cinco minutos.

—Tres veces. Y tres veces cinco minutos, son quince minutos de gloria.

—Sí, lástima que con López, cuando no gritas de placer, enloqueces de furia. ¡Y hay que aguantarte entonces!

—¡Es que tiene esa maldita costumbre de sacarme el dinero!

Paula observó a su amiga. Rubia, imponente, unos ojos celestes que podían iluminar un cuarto, y unas piernas larguísimas, ¿tenía que resignarse a un tipo como aquel para no dormir sola? ¿Qué podía esperarle a ella, entonces?

—Oye, Paula, en serio... Mi jefe ha vuelto a preguntarme por ti. Creo que le gustas.

—¡Basta, por favor! Ya tengo suficiente con tolerar al mío. Ahora no sé que le ha dado, y pasa cada vez más rato en la casa. Y eso me enloquece.

—Yo también enloquecería si mi jefe se viera como Cárdenas. ¡Qué bombón!

—Pues a mí ese bombón me indigesta.

—Mira, ya me hartaste, Paula. Haz lo que quieras... Pero yo no soy la que necesita encontrar un marido antes de los treinta.

—No me lo recuerdes... Al paso que voy, y con tanto idiota suelto, dudo que lo logre... No sé que voy a hacer... ¿Qué tengo yo de malo, Greta? ...¿Acaso no hay ningún hombre para mí?

—Juan Pablo Pavón... ¡Guau!... ¿Así que tú eres el nuevo columnista? —se relamió la vieja editora.

—Sí.

—Me alegra que el gran jefe por fin haya empezado a contratar chicos lindos... Te pareces a Clark Kent, ¿te lo dijeron alguna vez?

—Pero se supone que él es moreno, y yo soy rubio.

—Sí... Un Clark Kent rubio —repitió en tono meloso la dama, sólo para añadir en forma invitante—. ¿Tú también te conviertes en Superman por las noches?

—Sólo con la persona indicada —respondió con sequedad aquel tipo espectacular.

¡Vaya amargo!

—¿Qué necesitas de la vieja Clelia, dulce, ya que no pareces interesado en lo que necesito yo?

—Tengo que ubicar a una periodista. Debe estar trabajando en alguna redacción. Se llama Paula Ventura, y tiene veintisiete años.

—No me suena... ¿Es para la nota de la cantante?

—No. Es un asunto personal.

—¡Ah!... ¡Un favor!... Sé exactamente como puedo hacer para averiguar dónde trabaja la tal Paula, y su

dirección. Lo que no me figuro es como voy a hacer para cobrarte mi ayuda... Ya veremos, ¡total!, imaginación es lo que me sobra.

* * *

Fue cuestión de entrar al departamento de Cárdenas, para que Guido no pudiera ocultar su excitación. El muchacho había aprovechado tanta reunión secreta en casa de su jefe, para entablar una especie de “amistad” con su asistente domiciliaria, la bella Paulita, que no sólo estaba buenísima, sino que también le sonreía con encanto.

Aquella tarde en particular, el joven conductor se salía de la vaina. Durante algunos minutos Guido permaneció callado, simulando escuchar a su jefe con atención, pero pendiente de la puerta de la cocina.

Cuando Ezequiel tenía entre manos alguna noticia jugosa, se dejaba arrebatar por su impulso natural de joder al prójimo, y se volvía insoportable. No era por hacerle compañía que su empleado estrella había ido hasta allí, sino por aquel otro encuentro que, anticipaba, iba a ser el definitivo.

Finalmente, y luego de un tiempo prudencial, Guido no aguantó más

—Voy a pedirle un café a Paulita —dijo.

Pero su jefe no era tan tonto.

—Déjala tranquila a “Paulita”. ¿Qué? ¿Vienes a casa para conquistarla? ¿Crees que te pago para que consigas novia?

—¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—¡Vamos, Méndez! No perdonas una.

—¡Mira quién habla!

Por unos segundos volvieron a quedar callados, absortos en los papeles.

—De verdad quiero ese café. Me estoy durmiendo.

—Vives dormido —resopló Ezequiel, mientras encendía los monitores que tenía enfrente. En uno de ellos, la figura longilínea de su empleada doméstica estaba agachada, buscando algo.

—Nunca pensé que hacer las tareas de la casa fuera tan sexy —reflexionó su amigo, encandilado frente a la pantalla.

Cárdenas lo observó, molesto.

—Llévatela a la cama pronto, y déjame de joder, Méndez. Si quieres, algún día te doy la llave, y te dejo solo con ella. ¡Pero ahora tienes que concentrarte! Comencemos a trabajar, por favor. Tenemos una bomba de tiempo entre las manos, y tú te ocupas de un culo cualquiera.

—No es un culo cualquiera.

Ahora su jefe lo miró con enojo.

—Mejor te consigo ese café —accedió al fin—. Ya estás delirando... Tal parece que si no te la tiras rápido, vas a comenzar a hablar de amor.

—Estoy caliente, no borracho.

—Más te vale —le advirtió Ezequiel, mientras se asomaba a la cocina—. Berta, dos cafés —escupió a modo de saludo, para volver a cerrar de inmediato.

—Quizás Paula necesite ayuda...

—De verdad, déjate de idioteces Guido. Esta va a ser la noticia del mes, y si todo sale como espero, será el primer paso para la entrevista del año... Aquí tienes.

Ezequiel le alargó a su empleado un escrito que no superaba las veinte hojas.

—Revísalo, y dime que piensas.

Mientras el otro leía, Cárdenas se paseaba con impaciencia por el cuarto, pendiente de cada reacción de su subordinado.

A los pocos minutos llegó Paula con los cafés, y alguna de esas deliciosas galletitas que le gustaba preparar en sus ratos libres. Y bastó que entrara a la sala, para que Guido hiciera a un lado los papeles, y siguiera con la mirada sus pasos.

—¡Oye, idiota! —lo amonestó su jefe— ¿Qué hablamos? No nos sobra el tiempo. Esto tiene que imprimirse mañana.

—Sí —se defendió el otro—. Y me encantaría seguir leyendo, pero para eso primero tienes que alcanzarme la página ocho.

Sin ningún motivo, y como si le hubieran dicho una grosería, Paula empalideció.

—¿Estás tonto? Tiene que estar allí, justo antes de la nueve, y después de la siete. Pero tal parece que ya no sabes ni los números.

—Pues aquí no está.

—De seguro se ha desordenado. Busca...

—¡Es la tercera vez que la busco! ¡No está!

Ezequiel Cárdenas le arrebató las hojas con impaciencia, y comenzó a controlarlas con desesperación.

—¡Tiene que estar!

—No es tan terrible —le replicó el otro, manteniendo la calma. Hacemos una nueva copia, y...

—¡¿No entiendes, estúpido?! ¿Acaso no lees los memos que mando a la redacción, ni los del canal? ¡Hemos tenido un sabotaje informático! ¡Saltaron todos los sistemas! ¡Nos infectaron todo! ¡Incluso mi laptop!

—¡¿Otra vez?! ¿Para qué gastas tanto dinero en seguridad, si cualquier hacker idiota...?

—¡No es un “hacker idiota”! Esto ha sido un trabajo del mejor nivel... ¿Entiendes lo que tienes en tus manos? Hay gente que mataría porque esto no llegue a publicarse.

—Pues tal parece que su sueño se volverá realidad. Te falta la página ocho, y si no tienes registros fidedignos...

—¡No me digas que es la parte de la entrevista al presidente! —se desesperó Cárdenas.

—Si quieres no te lo digo... Pero debes tener la grabación...

—La digitalicé. Y se fue al basurero con todo lo demás.

Su empleado empalideció.

—¡Estás fregado!

Ezequiel Cárdenas comenzó a buscar en los cajones de su escritorio con frenesí, mientras la pobre Paula permanecía parada como una estatua, con la taza de café humeante que nadie quería recibir en la mano, y una mirada propia de una película de terror.

—¡Tiene que estar! —gritaba su jefe—. Traje el escrito hace dos días, y lo dejé justo aquí. ¡Y estaba completo!

A un costado del cuarto, Paula observaba la escena, demudada, aguardando a que sus peores temores se hicieran realidad.

Y, por supuesto, no tuvo que esperar demasiado.

—¡Tú! —le gritó su jefe, enardecido— Tú debes haber hecho algo con esa hoja.

—Yo no la perdí.

—De seguro la has tirado sin querer —aportó Guido, tratando torpemente de ayudarla.

—No. Yo no he tirado nada —se empecinó la dama, con una seguridad y un orgullo que sólo sirvieron para acicatear un poco más la furia de su jefe.

—¿Cómo puedes estar tan segura?! ¡Es un puto papel! Tiras papeles todos los días, y...

—Yo no lo tiré —repitió la muchacha, como si aquella verdad fuera su nombre, rango, y número de serie.

Durante un tiempo largo el enfrentamiento entre jefe y empleada fue colosal. Más se enfurecía él, más calmada y segura se mostraba ella.

—¿Quién te ha pagado para que robaras esa hoja?! —la acusaba Ezequiel todo el tiempo, para mayor ofensa.

Por supuesto, no quedó papel en la casa sin examinar. Se dio vuelta hasta la basura de la calle, en busca de la hoja perdida. Como siempre, aquella muchachita endemoniada cedía a todos los requerimientos de su jefe con la soberbia que la caracterizaba, dejando antes bien en claro la inutilidad de la empresa que estaba a punto de llevar a cabo siguiendo sus instrucciones.

—Mira —concedió al fin Cárdenas, rendido luego de más de cuatro horas de furia, cuando al fin se quedaron solos—, lo hecho, hecho está. Ya no tiene remedio. Tiraste ese maldito papel a la mierda, y me cagaste la nota. Ahora lo que quiero es que lo reconozcas...

—Yo no tiré nada. Esa hoja jamás llegó aquí.

—No hay cosa que odie más que la mentira —se exasperó él—. Me he resignado a la torpeza y a la ineficiencia, pero no soporto la mentira.

—Yo no tiré nada.

—Te lo voy a hacer simple: si no reconoces que tiraste ese puto papel, no te molestes en volver mañana.

—Eso no es justo. Necesito este trabajo, y usted lo sabe.

—Dilo.

Paula lo miró primero con odio, pero luego dijo en voz fuerte y clara:

—Yo tiré ese papel.

Ezequiel sonrió con satisfacción.

—¿Has visto? No fue tan difícil.

—¿Sabe que no? Es sorprendente, pero fue... muy fácil. Y es que, al parecer, aún un periodista tan entrenado como usted, prefiere escuchar lo que quiere oír, antes de aceptar la verdad. ¿Qué se puede esperar entonces de los demás?... ¡Es una lástima!

Paula le dio la espalda, y sin esperar respuesta, se apuró a retirarse.

Aquel había sido un día interminable.

* * *

—¡No hay caso!... La maldita hoja no se puede reconstruir.

—¿Nos podemos ir a casa, entonces? —preguntó Bruno Ríos, esperanzado.

Pero la mirada de su jefe lo persuadió de no insistir.

—No te preocupes, Ezequiel —intentó consolarlo Guido—, en el programa sólo estaban pautados cinco minutos para promover la nota de la revista, así que puedo rellenarlos con facilidad.

El editor en jefe de “RLP”, por el contrario, se entristeció.

—En cambio para mí ya es muy tarde para llenar con estupideces las cinco páginas destinadas al artículo.

—¿Quieres que te dé el material de Charly García? —se ofreció Guido con solicitud—. A la gente siempre le interesa.

—¿Qué hizo esta vez? ¿Subió un poco más alto, y se tiró del quinto piso, y no del cuarto, a la piscina del hotel?

—No... Unas prostitutas le reclaman por no abonarle lo pactado...

—¡Mierda! —se ofuscó Ezequiel— ¡¿Creen que a alguien le interesan sus locuras?! Tengo un reportaje sobre uno de los mayores casos de corrupción del año, y ustedes...

No pudo terminar. Una secretaria acababa de entrar con una carpeta, a pesar de que ya eran más de las tres de la madrugada. Y es que esa era una de las características de aquella redacción: las horas de trabajo se sucedían a lo largo del día y de la noche con total regularidad.

—El currículum que pidió, señor.

—Gracias. Puede retirarse.

—¿A mi casa? —preguntó la dama, esperanzada.

—¡A su oficina!

La pobre mujer se apuró a salir, y los tres hombres volvieron a quedar solos.

—¿Qué es eso? —preguntó Bruno.

—Ya que no puedo tener la hoja, al menos demando una explicación. Y quizás aquí la encuentre.

—“Paula Inés Ventura” —leyó Guido, con sorpresa—. ¡¿Haz hecho investigar a tu criada?! ¡Ya es el colmo de la paranoia!

—Desde que ella llegó a mi vida, comenzaron los problemas.

—¿Y por qué no la despiden? —preguntó Bruno con inocencia.

Pero fue Guido el que le respondió.

—Al parecer es muy buena limpiando retretes.

Mientras su amigo hablaba, el editor en jefe había continuado examinando las hojas del currículum de Paula.

—¡Guau! —exclamó al fin—. ¿Tienes a una licenciada en ciencias políticas para que te limpie el retrete, Ezequiel? ¡Sí que debes tener una mierda pegajosa!

—¡¿Qué dices?! —se sorprendió su jefe.

Y de inmediato le arrebató los papeles que el otro estaba leyendo.

—¡¿Ciencias Políticas de la Universidad de Cuyo?! ¡Lo que les dije! ¡Ella es la espía! Y, quizás, hasta fue ella la que infectó la... ¡¿Casada?! ¡¿Cómo que es “casada”?!

Esta vez fue Guido el que le arrebató el papel.

—¿Está divorciada?

—Aquí dice “casada” —insistió Ezequiel, sacando una vez más el currículum de manos de su amigo—. ¿Qué edad tiene?

Y otra vez las hojas viajaron por el aire, para aterrizar junto al bello conductor televisivo.

—Veintisiete. Aparentemente, si no me fallan las matemáticas, se casó a los veinte.

—¿Y el marido dónde mierda está? ¡Nunca habla de un marido! —insistió Cárdenas.

—Contigo nunca habla de nada.

—Por supuesto, si cuando tú llegas no dejan de cacarear.

Olvidado por los otros dos, Bruno se escandalizó.

—¡Señores! —los conminó— ¿O debo llamarlos “señoras”? Parecen unas viejas chismosas... Una licenciada trabaja limpiando retretes, y a ustedes sólo les llama la atención su estado civil. ¿Tan buena está la niña?

—Pequeña, pero hermosa —exclamó Guido.

—Una más —se impuso Cárdenas.

—Pues para ser una del montón, te interesaste demasiado —se burló su editor.

—Porque la niña me está jodiendo —se apuró a defenderse Ezequiel.

Pero Guido no lo dejó terminar.

—Eso es lo que tú quisieras.

—¡Señores!... ¿Por qué mejor no nos ocupamos de la página perdida, y de nuestra principal sospechosa?

—¿Dice el nombre del marido? —insistió Cárdenas, sin prestarle atención.

—“Braulio Torres” —leyó Guido.

—¿Braulio Torres?... ¿Por qué me suena?... Mucho me suena...

—Ahora que lo dices —se extrañó Ezequiel—, a mí también... ¿Cuál es su ocupación?

—Periodista —leyó Guido—. ¡Guau! Quizás tienes razón, y ella te robó la hoja para...

—¡Ya sé! —rugió Bruno—. Braulio Torres era ese periodista de “La Voz del Pueblo”, que acribillaron en la puerta de su casa, en la provincia de Mendoza. Yo mismo cubrí esa nota, porque estaba allí. Había ido a hacer trekking, y alguien me alcanzó la foto de la pobre viuda, con el cadáver de su marido entre los brazos. Incluso creo que la entrevisté.

—Lo recuerdo... —dijo Cárdenas— Fue hace dos años.

—Más o menos. El tipo estaba investigando unas “comisiones” por el tendido de la red cloacal. Un asunto más sucio que la mierda, y que, por supuesto, estaba en manos de Eusebio Cantagalli.

—¡Cantagalli! ¿Cómo se animó a meterse con él, el muy pelotudo? Con un tipo así no se juega —se espantó Guido.

—Y menos cuando se es un periodista de provincia —le contestó Bruno, mientras su jefe los miraba, pensativo.

—¿Y tú dices que mi Paula es su viuda? —reflexionó Cárdenas, con asombro.

Y bastó aquella extraña elección de palabras para que sus colaboradores cruzaran una mirada de entendimiento.

—No sé si “tu” Paula, pero Paula Ventura, sí.

—¡Yo sabía que esa turríta se estaba guardando muchas cosas! —explotó al fin—. ¿Tienes el número de Baldo, el tipo que hace seguimientos?

—No creo que sea necesario, Ezequiel —intentó disuadirlo Guido—. Es evidente que Paula es una buena muchacha, y, aunque no lo fuera, ella ha firmado un acuerdo de confidencialidad antes de trabajar contigo. No se expondría a...

—Alcánzame un papel. Vas a comunicarte con Baldo, y le vas a pedir que averigüe todo lo que te voy a anotar.

—Aquí tienes.

Guido observó a su amigo escribir cosa tras cosa, hasta agotar la carilla.

—¿Todo eso? ¿No es un poco demasiado?

—No —respondió Ezequiel, inmovible.

Y fue en el preciso momento en que dio vuelta la hoja para continuar con su loca tarea, cuando lo supo.

—¡La página ocho! —gritó alborozado— ¡La puta página ocho!

—¿En mi escritorio? —se sorprendió su editor—
¡Mierda! Debí dejarla aquí cuando te entregué el escrito. Al fin, ¡tanto lío, por nada!

—Bueno —reclamó Guido a su jefe, en tono enojado—, ahora que la maldita hoja apareció, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¡Claro! ¡Publicar la nota cuanto antes! No quiero más errores.

—¡No! ¡Tienes que pedirle perdón a Paula! No tenías derecho a desconfiar de ella, y mucho menos, a hurgar en su pasado.

—¡¿Pedirle perdón?! ¿Te has vuelto loco? Le pago lo suficiente como para que sea ella la que tenga que disculparse conmigo por su altivez.

Bruno sonrió al escuchar a su jefe. “¿Altivez?”, se dijo. “¡Cómo si alguien pudiera superarte en eso!”. Pero calló. En efecto, su jefe pagaba lo suficiente como para no tener que pedir perdón.

Y jamás lo hacía.

* * *

¿Qué se suponía que tenía que hacer?

La noche anterior Paula se había ido de casa de su jefe con la última palabra, y aquel galán malvado no parecía del tipo de los que pudieran perdonar una insolencia semejante.

¿Qué hacía? ¿Se consideraba despedida sin más trámite, o volvía al trabajo como si nada?

Con temor ingresó al departamento por la puerta de servicio, y se apuró a encender los monitores de las cámaras de vigilancia. La sala estaba vacía, así como el gimnasio, el micro cine, el escritorio, y el cuarto de huéspedes. El dormitorio principal, en cambio, estaba bloqueado, pero eso no le llamaba la atención. Su jefe solía desconectar las cámaras durante la noche, cada vez que llevaba “visitas” allí. Buena señal, porque si tenía humor para el sexo, significaba que ya había olvidado la maldita página ocho.

Paula se quitó la camisa y se puso el delantal, antes de deslizar los pantalones por sus piernas largas, dispuesta a comenzar con su rutina.

Adentro de la casa la temperatura y la humedad eran constantes, a fin de preservar el numeroso material fílmico que se almacenaba en las bibliotecas. Un verdadero archivo de la historia reciente de la nación, (programas televisivos, entrevistas, etc.) Pero afuera, en los grandes balcones que rodeaban al piso, y que se abrían a la avenida del Libertador, el calor era agobiante. Por eso, para limpiarlos, la muchacha solía cubrirse apenas con aquel delantal de trabajo olvidado allí por alguna de las empleadas anteriores, (¿Berta, quizás?), y que le quedaba un poco corto, y demasiado ancho.

Por cincuenta minutos Paula se dejó acariciar por la brisa matinal, disfrutando la frescura del agua con la que limpiaba las baldosas negras, hasta volverlas brillantes. Era más cuestión de placer que de trabajo, porque allí, en el piso veintidós, difícilmente se acumulaba el hollín de los autos, o el polvo.

Cuando la limpieza llegó a su fin, le tocó el turno a los jazmines. Amaba esa planta como si fuera suya, y su aroma le recordaba su infancia. A Bru, su marido, a Juan Pablo, y a su infancia. Por eso, atenderla, regarla, o remover la tierra a su alrededor, solía ser su momento favorito de la mañana.

Cuando ya no hubo más excusas, se dirigió de nuevo al interior del piso. Todavía encandilada por el sol, cerró la ventana, y se agachó para recoger el balde y el trapeador.

—¿Sabes que tienes celulitis?

Sí, por muy increíble que le resultara, su jefe estaba allí, y no había encontrado mejor manera de saludarla.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

—Tienes celulitis.

—La celulitis es tan femenina como la maternidad. Tarde o temprano a todas nos pasa —se defendió la muchacha, sin ocultar su molestia.

Hizo un esfuerzo por ajustar su visión a la sombra, y entonces lo vio. Allí estaba. Con el pecho desnudo, descalzo, sólo cubierto por un pantalón pijama de esos que

usaban los galanes de las películas, posiblemente de seda. Con sus ojos azules espectaculares, y la misma soberbia aborrecible de siempre en ellos.

¡Celulitis! ¡Más se quisiera ese gusano!

Por unos segundos Cárdenas la observó en silencio recoger todo, y dirigirse rumbo a la cocina. Pero cuando ya Paula estaba por alcanzar su tan ansiada libertad, la voz de él la obligó a detenerse.

—¿Te gustó?

—¿Qué cosa? —preguntó auténticamente confundida.

—El artículo... ¿Te pareció bueno?

Paula se puso roja, y él aprovechó su desconcierto para insistir.

—No había forma de que estuvieras tan segura de que esa hoja nunca había llegado a la casa, a menos que hubieras leído el artículo ese mismo día.

—Así que apareció la hoja... —dijo ella, tratando de disimular su satisfacción.

—La tenía mi editor en jefe.

—Me alegro, señor. Pero tengo que seguir con mis...

—¡Momentito! Te he preguntado algo, y no me has respondido... ¿Siempre lees mis papeles privados? Sabes que has firmado un convenio de confidencialidad, ¿no?

—Por supuesto... Y jamás leo sus papeles privados. Ese artículo estaba rotulado “Para publicar el jueves 8”. Desde mi punto de vista, en tal caso sólo se trataba de una primicia. Y ahora, si me permite...

—¿Qué te pareció?

—No me paga por hacer críticas, y...

No pudo terminar. Cárdenas la interrumpió de una forma que la hizo estremecer.

—¿Qué te pareció?

Paula suspiró antes de ceder.

—El artículo es conciso y claro. El lenguaje es adecuado, y la redacción, brillante. Es un tema difícil, y usted lo volvió entretenido. De verdad lamenté la ausencia de la página ocho.

—Aquí está. Léela.

—Pero tengo que...

—Léela.

Resignada, Paula dejó el balde en el piso y se dirigió a tomar el papel que su jefe le entregaba.

Cárdenas la observó leer en silencio, pero atento a cada uno de sus gestos.

—Ya está. Gracias.

—¿Te gustó?

—Es... interesante.

—¿Pero?

—Interesante.

—Tienes un pero. Lo sé. Has fruncido la nariz, como siempre que algo te molesta.

—No soy quien para juzgar su...

La mirada de su jefe volvió a hacerla estremecer, pero está vez intentó negarse con firmeza.

—Escuche, mi trabajo me fascina. No quiero mezclar las cosas, ni crear resentimientos...

—¿Resentimientos? ¿Tan malo te parece?

—No es eso. Es que...

Otra vez aquella mirada. Por poco conveniente que le pareciera, le iba a ser imposible no obedecer a Cárdenas.

—Escuche... Como le dije, el artículo es periodismo de primera. La denuncia que usted hace es sólida.

Paula se detuvo, y su jefe la instó a continuar.

—Vamos, escúpelo ya.

—La denuncia es sólida, creíble, pero no está probada. Todo el artículo divierte, pero no me ha acercado ni un paso a la verdad. ¡Y su entrevista con el presidente! Esta página ocho parece dictada por el oficialismo... Podría haberlo puesto a su merced con sólo dos preguntas. En

cambio le ha brindado las herramientas para desmentir con facilidad lo mismo que el artículo denuncia en las otras diecinueve hojas.

Cuando Paula terminó de hablar, (lo había dicho todo de un tirón), observó a su jefe con miedo. Pero, para su sorpresa, lejos de mostrarse ofendido, parecía encantado.

—No debe ser tan obvio, porque eres la primera que me dice algo semejante.

—No, no lo es. El resto del artículo es demoledor, y suficiente como para crear una duda razonable.

—¿Quién te contrató, Berta?

—A Berta no sé. Pero a mí me contrató usted.

—¿Yo?

—Sí... Había ido a la redacción de “RLP” en busca de un empleo, pero usted se negó a atenderme. Luego salió de su oficina gritando que ya estaba harto de periodistas, y que sólo necesitaba alguien con un master para limpiar su retrete.

—Y tú tienes un master.

—Algo así.

—¿Y no pensaste que estabas un poco sobre calificada para el puesto?

—Era eso, o trabajar de puta. Hacía dos meses que pateaba redacciones sin que me atendieran. Al parecer,

todos están hartos de los periodistas. Y yo tengo el mal hábito de comer todos los días.

—De puta hubieras ganado más. Incluso a pesar de tu celulitis.

—Como buena periodista, no me vendo.

—Al parecer tú y yo no conocemos a los mismos periodistas... Todos tenemos un precio.

—Yo no.

—¿Por qué te pago mil pesos más que a una criada, Berta?

—Porque, a diferencia de Berta, yo jamás hubiera tirado la página ocho. Porque además de limpiar y cocinar, pienso, planifico, y me hago responsable. Soy como una esposa, pero sin el sexo.

—¿Sin sexo? Entonces eres una esposa perfecta.

La muchacha lo escrutó con desdén, antes de preguntarle:

—Usted no se casó nunca, ¿no?

—¿No notas mi aspecto feliz y relajado? ¡Por supuesto que soy soltero!

—Sí... Se nota —replicó Paula, de aquella manera indescifrable, que ponía como loco a su jefe—. ¿Puedo retirarme?

—Todavía no. Sabes, no sé cuál fue tu fantasía al aceptar este trabajo, pero... De verdad, periodistas me sobran...

—Me quedó claro —se apuró a responder la muchacha.

Pero su jefe no había terminado la frase.

—...y mujeres también.

—¿A qué se refiere?

—Sé el tipo de reacciones que genero en las mujeres, y no quisiera que pasaras de asistente, a acosadora domiciliaria.

Esta vez fue la mirada de la muchacha la que hizo estremecer al jefe.

—Por fortuna a mí tampoco me faltan hombres.

—¿A pesar de tu celulitis?

—Los hombres que salen conmigo no son tan huecos como para reparar en ese tipo de detalles. Como ve, en lo que a mí respecta, está a salvo. Así que si usted no se mete conmigo, yo haré el “esfuerzo” de no suspirar por usted, mientras lavo sus prendas íntimas. Y ahora, si me permite, tengo que llevar esto a la cocina.

Ezequiel Cárdenas observó a su empleada agacharse, y luego salir con paso rápido de su vista.

Pero bastó que se cerrara la puerta que los separaba, para que ambos contendientes pensaran al unísono.

“¿Quién te crees que eres?!”

* * *

—¡Clark Kent!

Juan Pablo observó a la vieja editora, y se apuró a correr hasta ella.

—¡Cálmate, querido! Reserva tu ímpetu para cuando tengas que agradecerme.

—¿Consiguió algún dato sobre ella?

—No hay nada imposible para mí. Aunque tengo que confesarte que me costó muchísimo esfuerzo.

—¿En qué editorial trabaja?

—¿Trabajar? No, querido... Ella no trabaja. O, al menos, no como todas las demás.

—No entiendo.

—Es la amante del jefe, cariño... Del dueño de “RLP.”. De “todo” RLP, la revista y el programa televisivo. Y conociéndolo a Cárdenas, créeme, no la culpo.

—¿La amante?... ¡Imposible!

—Pues lo sé de muy buena fuente.

—No entiendo... Ella no es de ese tipo de chicas.

—Cualquier mujer lo es, cuando se trata de un semental como el colega Cárdenas. Es soberbio.

—No, Paula no. La conozco desde que nació.

—¿Era tu novia?

—Mi vecina.

—¿Y por qué tienes tanto interés en encontrarla, entonces?

—Porque... Porque...

—Déjame adivinar. La amas. La amaste en silencio todos estos años, mientras la mirabas por la ventana de tu casa —se burló de él aquella mujer desagradable.

—Sí —contestó el otro, enojado.

—¿Y tuviste que esperar a que se mudara para decidirte?

—Era la esposa de mi mejor amigo. Yo los presenté.

—Y ahora tu amigo...

—Murió.

—¡Ah, puerquito! Así que estabas caliente con la mujer de otro.

—¡No era su mujer! ¡Era mía!... Siempre fue mía.

—¿No dijiste que...?

—Él me la robó a mí.

—¿Y nunca tuviste tiempo de confesarle lo que sentías por ella cuando vivía cerca?

—Se veía tan enamorada de Bru que...

—¿Bru?

—Braulio.

—Así que no tuviste el valor, y entonces preferiste matar al marido. ¡Confiesa!

—¡No lo diga ni en broma! Lo acribillaron en la puerta de su casa, y nunca aparecieron los culpables... Por más ridículo que suene, a mí nadie me quita de la cabeza que la madre de él me ha mirado con desconfianza desde ese día.

—¡Guau, Clark Kent! ¡Así que eres un tipo de cuidado!... Pero no se te ocurra hacerte el matón con Ezequiel Cárdenas, porque es un fulano muy peligroso.

—¿A qué se refiere?

—Todos saben que trabajó de periodista en Estados Unidos, y que figura en el equipo de un ganador del Premio Pulitzer.

—Eso no lo hace tan especial. Mucha gente...

—Eso es lo que todos saben. Lo que nadie se explica, en cambio, es como amasó su fortuna, que está calculada en algo más de diez millones.

—¿De pesos?!

—¡De dólares, cariño! Y nadie se enfrenta con alguien capaz de hacer tanto dinero antes de los treinta, en la misma profesión en que todos los demás nos cagamos de hambre.

—¿Y quién le ha dicho que él y Paula son amantes?

—Busqué los datos que me diste en las nóminas de las distintas redacciones. Ella figura en la de “RLP” desde hace más de dos meses, y cobra su sueldo puntualmente, pero hasta ahora nadie la ha visto aparecer por allí.

—Puede ser una informante, o una periodista “free lance”.

—¿Con domicilio en la casa del gran jefe? ¡Por favor!... La muchacha vive con él... Dime, ¿tu amiga es linda?

—Hermosa.

—Entonces, pequeño, estás perdido. Conociéndolo a Cárdenas, si no se la ha llevado ya a su cama, no tardará mucho en saltar a la de ella. No es del tipo de hombre que acepte un no por respuesta.

Aquel Clark Kent rubio se deshizo ante los ojos de la anciana.

Sí, evidentemente Juan Pablo estaba perdido.

* * *

—¡Vamos, Greta! Hace una hora que te espero, y ya no sé como quitarme de encima a tu jefe.

—Tú siempre tan impaciente, Paula. Apenas son las nueve. Mi turno todavía no se acaba.

—¿Y para qué me pediste que te viniera a buscar tan temprano, entonces?

—Quería que conocieras a unas personas, y...

Su amiga se exasperó.

—¡Otra vez, Greta! Te dije que no estaba interesada en salir con los tipos que conoces en los eventos en que trabajas.

—¡No seas tan remilgada! A estos me los presentaron en un Congreso de Medicina. Son médicos.

—¡Ni aunque fueran millonarios! ¡No me interesan!

—Eres tú la que necesita encontrar un marido antes de los treinta, no yo... Y ya tienes veintisiete. El tiempo pasa, amiguita. Deberías agradecerme.

Dos tipos de unos cuarenta años se acercaron hasta ellas. Eran lindos, y tenían aspecto de prósperos, pero todo en su actitud parecía gritar “trampa”. Para empezar, sus maletines y sus trajes eran más los de un visitador médico, que los de un doctor. Sus perfumes eran baratos, y no como las delicadas fragancias importadas en que solían invertir los solteros de esa edad. Incluso, el más bajo exhalaba un olor intenso a champú para niños. El otro, en cambio, tenía el típico halo claro en su dedo anular. ¡Idiotas!

Ni bien saludaron a las muchachas con unos besos babosos, se apuraron a anunciar que la cita iba a ser breve. Tenían que regresar antes de la medianoche, porque, a primera hora de la mañana siguiente, les habían pautado una operación de cerebro.

Por supuesto, durante el transcurso de la charla quedó en claro que aquellos tipos nefastos no habían estado nunca en contacto con un cerebro ajeno, y mucho menos con el propio.

Posiblemente aquella fuera una de sus primeras escapadas, ya que ninguno de los dos había perfeccionado la delicada trama de mentiras que solía acompañar al infiel experimentado.

Sí, porque a esa altura de su derrotero como soltera por la ciudad, Paula ya era toda una experta en engaños y ardides masculinos.

Durante la primera media hora de la cita, los dos idiotas comenzaron a competir con disimulo, (¿?), para quedarse con Greta. Paula ya estaba acostumbrada. Su compañera era de una belleza impactante, y solía usar una falda tan pequeña como su moral.

Luego de hacer el ridículo por un rato, por fin se impuso el tipo con aroma de bebé. El del anillo olvidado, en cambio, tuvo que conformarse con el premio consuelo. Claro que Paula no se consideraba a sí misma como de descarte. Por el contrario, se sabía hermosa, y conocía su poder sobre los hombres inteligentes. Pero con tipos como

aquellos, más preocupados por un buen culo, o unas tetas como repisa, ella, gracias a Dios, no tenía demasiada chance.

Por un tiempo largo el del anillo faltante, que al parecer ya se había resignado a su poca suerte, intentó una conversación íntima que lo acercara pronto a su objetivo. Fue entonces cuando comenzaron a surgir historias sobre autos importados y vacaciones al Caribe, tan falsas y ridículas como su presunto protagonista. En todas ellas el epílogo que se desprendía era el mismo: “*terminamos en la cama, y la maté, porque en la cama soy el mejor*”. Y cada vez que el tipo la contemplaba buscando su admiración, Paula apenas podía contener la risa. Greta, en cambio, escuchaba al otro arrobada, de seguro imaginándose mientras paseaba en un lujoso modelo deportivo alemán. Y es que, a pesar de haber oído historias semejantes cientos de veces, de boca de otros tantos hombres, la pobre muchacha todavía conservaba la ilusión de que, alguna vez, tales fantasías fueran reales.

—Así que eres periodista —aseveró el tipo sin el anillo—. ¿Dónde trabajas?

—Bueno —se apuró a contestar Greta, temiendo que Paula dijera alguna barbaridad—, en realidad ella es...

No pudo seguir, porque su amiga se anticipó a terminar la frase.

—Asistente de Ezequiel Cárdenas —confesó, sin faltar a la verdad.

—¿Ezequiel Cárdenas? ¿El de “Rompiendo las pelotas”?

—Sí. El de “RLP”.

—¡Vaya! —exclamó el otro con admiración— Ese fulano está metido en todos los líos que se arman en la política. ¡Parece saberlo todo! Me pregunto como hará...

Paula sonrió, y bastó aquel gesto inocente para que su amiga, del otro lado de la mesa, se pusiera a temblar. ¡Conocía esa sonrisa y, lo que era peor, lo que venía después!

—¡Qué rico está el cordero patagónico! —mencionó Greta, en un intento vano por cambiar el tema.

—En realidad —contestó Paula, impiadosa—, mi jefe tiene el único archivo con datos interrelacionados del país. Todo lo que eres o tienes, figura en él.

—¡Guau! —se sorprendió su acompañante—. Me encantaría ver el de Tinelli, o el de Suar.

—Pero no sólo están los famosos de la televisión —continuó la muchacha con fingida inocencia—. “Todos” figuramos.

—¿“Todos”, cómo quien? —preguntó el que parecía más listo, con algo de preocupación.

—Te daré un ejemplo —explicó Paula, encantada—. Hace ya un mes, una noche Greta y yo salimos con un par de idiotas. Los tipos nos habían dicho que eran solteros, y

que trabajaban en un hospital. ¡¿Podrán creer que nos estaban mintiendo?!

El del anillo faltante se atragantó, pero el otro salió rápidamente en su auxilio.

—Hay gente para todo —comentó compungido.

—¡Ni que lo digas! Bueno, por fortuna, al llegar a casa lo primero que hice fue entrar en los archivos de mi jefe. Allí figuraba todo: estado civil, domicilio actualizado, estudios, profesión. ¡Y nada de lo que habían dicho resultó cierto!

—¡Qué desfachatados! —simuló espantarse el que parecía más listo.

—¿Y qué hiciste? —preguntó en un hilo de voz el otro.

—¡¿Qué iba a hacer?! ¡Lo único posible! Me comuniqué de inmediato con la mujer, le aporté las pruebas concretas, y para las ocho de la noche ya la pobre muchacha había cambiado la cerradura de su casa, y vaciado las cuentas bancarias conjuntas. ¡Era lo mínimo que ese idiota se merecía!

El compañero de Paula miró al otro con un gesto desfalleciente, obligándolo a intervenir.

—Sí, se lo merecen por torpes —replicó “aroma de bebé”, con la vista fija en su amigo—, por dar sus nombres verdaderos.

Paula volvió a sonreír. Aquellos presuntos “Ramiro y Nicolás”, varias veces habían intercalado un “Néstor y Lalo”... ¡Principiantes!

—¡Claro que no nos dieron sus verdaderos nombres! Pero me bastó buscar la matrícula del automóvil que conducía uno, y mirar los datos de la tarjeta de crédito que usó para pagar la cuenta el otro, para que quedaran al descubierto.

—¡¿La matrícula?! ¿Anotaste el número de las placas? —preguntó el “sin anillo”, al borde del colapso. Y de inmediato se dirigió a su compinche—: ¿Por qué no me acompañas al “toilette”, amigo? Creo que el cordero está haciendo su efecto.

En menos de un segundo, y como por arte de magia, los dos farsantes habían desaparecido.

—¡¿Por qué hiciste eso, Paula?! ¡Eres horrible!

—¿Qué pretendías? ¿Acaso no te has dado cuenta que no han dicho ni una sola cosa cierta desde que se sentaron?

—¿Y con eso, qué? Todos mentimos un poco.

—¡Son casados!

—¡¿Y con eso, qué?! De seguro Ramiro no es feliz con su mujer, si el pobrecito tiene que ir por allí en busca de una aventura.

—¡Ni siquiera se llama Ramiro!

—Ya sé. El tuyo le decía Néstor todo el tiempo.

—¡Silencio! Allí vienen.

Paula se apuró a ponerse de pie, y salirles al encuentro. ¡Lo único que faltaba era que se fugaran sin pagar su parte!

—Nos ha surgido algo, muchachas. La operación de cerebro...

—¡No me digas! —se espantó la presunta periodista— De seguro explotó antes de tiempo...

“Perfume de bebé” la miró con desconfianza, pero se limitó a decir: —Algo así... Tenemos que irnos.

—¿Ya pagaron la cuenta? —los apuró Paula.

—¿La cuenta?... Ah, sí, sí, claro... Me había olvidado... Aquí les dejo doscientos pesos.

—¿Y nosotras cómo nos volvemos a casa? —preguntó con auténtica inocencia Greta.

—¿Por qué no nos llevan en su auto? —añadió con malicia su amiga.

—¡No! —gritaron ambos galanes al unísono.

—Aquí les dejamos veinte más para un taxi... ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego, Néstor! —contestó Paula con una sonrisa.

Y el pobre “Ramiro” se estremeció.

Luego de eso, la huida de los dos galanes fue tan precipitada, que apenas quedó como recuerdo de su presencia el viento colándose desde la calle.

En cambio, para cuando las muchachas salieron de allí, el enojo de Greta perduraba.

—No te entiendo, Paula. No entiendo lo que quieres.

—Un hombre sincero, y no un estúpido mentiroso. Alguien que me diga la verdad.

—¿Quieres escuchar mi verdad, Paula? Mi verdad es que esta noche voy a dormir sola.

—Igual lo hubieras hecho. ¿No los escuchaste? ¡Tenían que operar cerebros!... ¡Cerebros! —repitió la muchacha, sin poder contener la risa.

Su amiga, en cambio, oculta por las sombras, lloraba. Su dolor era tan sincero, que de inmediato Paula se conmovió.

—¿Qué te ocurre, Greta?

—¿Qué me ocurre?! Te diré que me ocurre. Me ocurre que en un mes cumplo treinta. ¡Treinta!... ¿Sabes dónde se suponía que iba a estar yo a los treinta? Desfilando con Tyra Banks, para Victoria's Secrets, y casada con Brad Pitt.

—No eran unas metas muy realistas, amiga.

—¿Qué me importa la realidad?! ¡Era mi sueño! ¿Sabes lo que es un sueño, Paula?... Pero cuando llegué a la Capital para modelar, me di cuenta que era demasiado baja

para alta costura, demasiado linda para actriz, demasiado común para la publicidad gráfica. Una más... Y entonces me convencí a mi misma de que eso no era el fin del mundo. Que no tenía que volver derrotada a mi provincia, de donde me había ido gritando con soberbia. Que bastaba que me casara con un tipo millonario y buen mozo, de esos que había tantos en las revistas. Pero la realidad, tu puta realidad, me golpeó otra vez. Los millonarios y lindos, sólo se casan con millonarias y lindas..., o con millonarias. Y los millonarios y feos, no están interesados en comprometerse con una cara bonita, cuando la pueden comprar por poco. Y entonces me di cuenta que yo, que creía que valía tanto, no me cotizaba a mucho más de dos mil pesos por noche. Así que decidí dejarme de joder, y conformarme con un marido, como todas las demás. Cualquier marido. Cualquier tipo que me mantuviera cuando comenzaran a salirme arrugas y celulitis. Pero, ¿sabes qué?, de nuevo esa mierda de tu realidad. Los hombres se acuestan con las lindas, pero se casan con las feas...

Greta estaba tan descontrolada, que lloraba a los gritos. Algunas personas que pasaban por allí se habían detenido para observarla. Y entonces, irreflexivamente, y como si faltara algo para terminar el show, la muchacha se levantó la falda hasta la cintura, dejando al descubierto unas bellas piernas largas, mientras señalaba algo en su nalga izquierda, apenas tapada por una braga que se resumía en unos pocos hilos.

—¿Ves esto, Paula? ¡¿Ves esto?! Este hueco que tengo aquí se llama celulitis, Paula. Y la celulitis forma parte de tu puta realidad. ¡Claro que a ti no te interesa! Porque yo tenga celulitis, el mundo no es más injusto, ni se empeora el hambre en el África, así que a ti no te importa. Te cagas en las mujeres, y en los huecos de sus piernas.

Paula, avergonzada por la pequeña multitud que se había reunido a su alrededor, obligó a su amiga a bajarse la falda, arrastrándola fuera de aquel circo.

Durante unas calles, las dos jóvenes caminaron en silencio, pero finalmente Greta volvió a hablar.

—Quiero un hombre que me ame. No me importa si es casado, viudo o soltero. Me da lo mismo si es sincero o mentiroso... Quiero alguien que me caliente por las noches, y me ayude a levantarme por las mañanas. ¿Es mucho pedir?

—Es lo que queremos todas —replicó Paula, apesadumbrada.

—Tú, al menos, ya lo tuviste, aunque fuera por un tiempo.

—¿Y crees que eso es una ventaja? ¿Crees que es fácil vivir cuando has sepultado la mitad de tu vida? ¿Sabes qué se siente cuando ves morir al hombre que amas entre tus brazos? Sí, amar y ser amada así fue maravilloso, pero... perder a Bru fue devastador. Porque sé que luego de él no habrá otro amor para mí. O, al menos, otro tan intenso.

Porque así se ama sólo una vez en la vida, y yo ya perdí la chance.

Ahora era Paula la que había comenzado a llorar, y su amiga la que la consolaba.

Pero Greta seguía descontenta. Sí, quizás su celulitis no pudiera compararse con la pérdida de un gran amor... ¡Pero también dolía mucho!

—Cuando tú hablas, Paula, los hombres te miran maravillados...

—Espantados, diría mejor. Todavía muchos se asustan por una mujer que piensa.

—Pero yo, en cambio... Yo sólo tengo mis piernas, mi culo, y estos implantes que aún no termino de pagar. Y si eso se cae...

—Si eso se cae, queda Greta, la mujer que no te atreves a buscar, obsesionada como estás por la belleza. Créeme, no va a servirte un tipo que te acaricie mientras miente. Todas nos engañamos diciendo que queremos un hombre. Pero no es cierto: queremos un gran amor, y eso...

—Pues yo me conformo con...

—No, no te conformes. No vale la pena. Para ser infeliz no hace falta compañía.

—Pues yo me conformo con cinco minutos de buen sexo... ¿No extrañas el sexo?

Paula se estremeció. No, no extrañaba el sexo. Lo extrañaba a Bru. Y ese placer intenso colándose entre sus piernas cada vez que él la tomaba en sus brazos. Esa pasión incontrolable que la sacudía hasta hacerla perder la razón.

Su pobre amiga Greta ni sospechaba todas las cosas que se podían hacer en la cama, con un poco de amor. Ella se conformaba sólo con sexo...

Mejor.

Paula, en cambio, iba a tener que soportar para siempre aquel recuerdo que la consumía. Que la llenaba de ansias imposibles de saciar.

Sí, ahora le quedaba sólo la mitad de su vida. Y nunca más podría volver a ser feliz.

* * *

¿Acaso nunca más iba a poder ser feliz?

Era como si siempre llegara a la vida de Paula demasiado tarde.

Juan Pablo tropezó con una mujer, que retrucó sus sinceras disculpas con una maldición. La gente de la ciudad parecía eternamente molesta y a punto de estallar, y cada paso que daba por Buenos Aires lo hacía extrañar un poco más la calma, el orden, y la limpieza de su Mendoza natal. Él no encajaba allí, y Paula menos. ¿Qué hacía entonces junto a un mentiroso profesional como Cárdenas, objetado

aún por sus propios colegas? ¿No era acaso como dejar la oveja más mansa al cuidado de un lobo despiadado?

Se aprestó a cruzar la avenida del Libertador. La empresa no era fácil. La calle era ridículamente ancha, y los automóviles se apiñaban en ella, circulando a toda velocidad.

Dejó pasar los segundos que faltaban de luz verde, (no quería arriesgarse) Pacientemente contempló la romería de autos importados, y cuando el destello verde se apropió del semáforo otra vez, comenzó a cruzar a paso acelerado. En sentido contrario observó a un joven en silla de ruedas, luchando por lograr lo imposible. Del otro lado, la luz ya comenzaba a parpadear. Por un momento pensó en ayudarlo, pero de inmediato desistió. El trabajo en la revista era intenso, y tenía poco tiempo para buscar a Paula. Por otra parte, la ciudad era una jungla, y de seguro aquel muchacho ya estaba acostumbrado. ¿Qué ganaba con ayudarlo? Los porteños eran agresivos y volátiles, y hasta era probable que, si lo hacía, lo terminara insultando por la “humillación”.

Como fuera, quizás por miedo a los automovilistas que hacían bramar sus motores, o para aquietar su conciencia, Juan Pablo corrió los últimos pasos hasta la acera, haciendo pie en tierra firme en el preciso momento en que, detrás suyo, la locura se largaba otra vez ¿Lo habría logrado el muchacho? Por las dudas decidió no mirar. No era su culpa, y, de todas formas, no podía hacer nada.

Caminó a paso lento por las veredas anchísimas y arboladas. Los lujosos edificios tenían un aire europeo, a pesar de elevarse al cielo como los grandes rascacielos americanos.

Juan Pablo se sentía inapropiado allí. Provenía de una larga estirpe de bodegueros y periodistas, y siempre se había considerado a si mismo como un hombre rico. Pero aquello era otra cosa. Un lujo obsceno que le molestaba, donde la valía de un hombre se juzgaba sólo por sus posesiones, y no por sus logros. Incluso los pocos negocios abiertos, estaban hechos más para alejar a los indeseables, que para atraer a los clientes, y hasta los vendedores miraban con altivez al resto de la humanidad.

Cruzó la calle con cuidado, y se detuvo. ¡Ese aroma! Jazmines... ¿De dónde salía?

Como ocurría con el dinero que había servido para construir aquel sitio, también el aroma parecía no provenir de ninguna parte. Por un momento, y bajo su influjo, se dejó transportar al pasado: la casa de sus padres, y aquella planta frondosa que le permitía fumar sin ser descubierto, cuando apenas era un niño. Y esa noche mágica en que, parado junto a ella, y con un cigarrillo en la mano, había visto el destello del cuarto de Paula, y ella, entrando allí apenas cubierta por su cabello enrulado, y una toalla. Durante algunos minutos la había observado casi en trance, mareado de tanto olor a jazmín, y de tanta belleza. Y entonces había ocurrido lo imposible: la toalla cayendo, y el milagro de los pechos incipientes de su vecina, su

compañera de juegos, que de un día para otro, y sin pedirle permiso, se había convertido en una mujer.

Desde entonces la había amado con tanta devoción como locura, y ya nada había vuelto a ser lo mismo en su vida. Tartamudeaba al hablarle, y temblaba cada vez que la tenía cerca. Desde aquella noche, cuando apenas tenía trece, hasta los dieciséis años, se había despertado cada mañana jurándose a si mismo que no iba a llegar la noche sin haberla abrazado y besado con pasión. Pero nada. Bastaba su cercanía para enmudecer.

Y después llegó Bru.

—Disculpe, por favor.

Perdido en sus recuerdos, Juan Pablo se había quedado en la esquina, inmóvil en medio de una ciudad que nunca se detenía, por lo que alguien se lo había llevado por delante. Era algo que le ocurría con frecuencia desde su llegada a la Capital. Pero esta vez no había sido como las otras. Esta vez aquel breve contacto le había acariciado el alma. ¡Era ella! Su voz sensual, su presencia leve, su figura menuda. ¡Era Paula!

No pudo reaccionar. Como si se desplazara sin tocar el piso, en cuestión de segundos Paula ya había ingresado al lujoso edificio de la esquina. El guardia la había saludado con familiaridad.

Juan Pablo chequeó la dirección con la que la vieja editora le había dado. ¡Mierda! Era la casa de Cárdenas.

Había ido hasta allí para desmentir su peor temor, no para confirmarlo. Pero la verdad estaba ahora ante sus ojos. Cárdenas era soltero, y ella no estaba vestida con la formalidad propia de quien concurre a un trabajo. Por el contrario, sólo unos jeans, unas zapatillas, una camisa liviana..., ¡y una estúpida bolsa con provisiones!

¡No! ¡Era imposible! ¡Debía existir otra explicación! Ni siquiera un tipo como Cárdenas era capaz de hacer tambalear las convicciones de...

Como si lo hubiera llamado con sus pensamientos, apareció por la puerta de entrada principal la figura imponente de su rival. Sin duda alguna era él. Lo conocía por la televisión. Alto, fornido, próspero... Todos los que estaban sentados en las mesas del bar ubicado en la planta baja, y que formaba parte del edificio, voltearon la cabeza a un tiempo para contemplar su paso altanero.

¡No! ¡Era imposible que Paula...!

¿Era imposible?

* * *

¡Cómo odiaba cruzarse con su jefe! Y cada vez ocurría con más frecuencia. Era como si Cárdenas, sabedor de lo incómoda que se ponía junto a él, gozara exasperándola. Ahora nunca se iba de la casa hasta después de que ella llegara, y generalmente regresaba antes de las seis. ¡Un horror!

El encuentro de las primeras horas solía ser más soportable. Luego de servirle el desayuno, Paula aprovechaba para salir a limpiar el balcón, (¡nunca había estado tan reluciente como entonces!), y para cuando volvía a entrar, generalmente Cárdenas ya se había esfumado. ¡En cambio esas dos horas de la tarde!

Paula cerró la puerta vidriada con cuidado, apoyó el balde y los trapeadores en el piso, y encendió los monitores de vigilancia.

Nadie. ¡Gracias a Dios!

Como solía hacer luego de lavar el balcón bajo el sol radiante de la mañana, se paró frente a la ventila por la cual salía el aire acondicionado, se soltó el cabello, se abrió el primer botón, y saboreó la delicia de esa brisa prestada jugueteando entre sus pechos.

En el interior del departamento se negaba a usar uniforme. Cárdenas nunca se lo había exigido, así que ella se limitaba a vestir un jean y una camisa discreta. Pero cuando salía al balcón sólo se cubría con aquel delantal mínimo, y gracias a ese ardid, sus piernas ya habían adquirido un tono bronceado envidiable, más propio de unas vacaciones en Ibiza, que de su humilde tarea como asistente domiciliaria.

Sí, amaba aquel trabajo. Era como una beca. Y las horas de soledad transcurridas en aquel bello lugar eran encantadoras.

Pero cuando a eso de las seis de la tarde volvía a aparecer Cárdenas, la magia se escurría en un instante.

Lo que más la sacaba de quicio de él era aquella fruición que tenía por encomendarle tareas inútiles. Esa mala costumbre que había adquirido de rondarla mientras ella trabajaba, mirándola con descaro. ¿Tendría Cárdenas alguna idea sucia en mente? De ser así, más le valía sacársela de la cabeza. No era tan estúpida como para dejarse seducir por un tipo semejante.

Pero no... No debía ser un interés romántico lo que lo hacía fastidiarla con trabajos inventados. Eso hubiera significado un rasgo de humanidad, y Cárdenas no la tenía. No. Era pura maldad. Como aquello de la celulitis, por ejemplo. Recién al presenciar la extraña reacción de Greta por un ligero poceado en sus piernas, (real o imaginario), había entendido la magnitud de las palabras de su jefe. Con ellas había querido ofenderla, sin encontrar mejor manera para lograrlo que acusarla de tener celulitis. Sí, acusarla. Porque, al parecer, las mujeres de la ciudad vivían con culpa hasta esa pequeña deformidad, y los hombres la usaban para aprovecharse de ellas. En su Mendoza natal, en cambio, a pasos de la Cordillera de los Andes, donde en invierno se esquiaba, en primavera se hacía “mountain bike”, en verano se escalaba, y en otoño le tocaba el turno al “trekking”, las muchachitas se ocupaban más de sus músculos que de su grasa.

En la ciudad, por el contrario, la vida era sedentaria, y la celulitis una obsesión.

Paula extrañaba la nieve. ¡Adoraba esquiar! ¿Cuántos veranos había trabajado en los lujosos hoteles que albergaban a los turistas extranjeros, sólo para comprar el mejor equipo de montaña para el invierno? Claro que gracias a esa experiencia con el turismo, hoy podía servir cualquier porquería como si fuera un manjar, y comportarse con, a la vez, la ausencia y la solicitud que se esperaba de un buen criado.

Paula desabrochó los otros tres botones del delantal, dejando su cuerpo casi desnudo al amparo del aire fresco. Llevaba el sostén y la braga azul que habían sido los favoritos de Bru. Secó con sus manos el sudor incipiente que cubría su piel, y recordó las caricias de su marido. ¡Cómo lo extrañaba!

Por un segundo se dejó invadir por la melancolía, pero de inmediato se repuso. Terminó de sacarse el delantal, y comenzó a vestirse. Antes de salir al balcón había tenido la precaución de apagar la cámara del gimnasio, que era el lugar de la casa adonde se encontraba, así que podía moverse allí con tranquilidad. Pero ya era tiempo de encenderla. Su jefe solía controlar los videos al regresar, y se enojaba cuando quedaba desactivado una parte del circuito de vigilancia por mucho tiempo.

Deslizó el jean por sus piernas largas. ¡Celulitis!... Ese Cárdenas era un cerdo, y se las sabía todas, (o creía saberlas), a la hora de humillar a una mujer. ¡Cómo si a ella le importara la estética! Aunque, si tenía que ser sincera, luego de que él se lo dijera, había cedido a la tentación de

mirarse con el pequeño espejo de mano de Greta, pero solo lo había hecho para cerciorarse de que el tipo deliraba.

¡Celulitis ella!

Sonó el timbre de la puerta. En los tres meses que llevaba trabajando allí, era la primera vez que lo escuchaba. Y es que para poder llegar desde la planta baja al elevador principal del edificio, había que sortear al menos tres puestos de vigilancia, y un solícito portero. Ellos servían de filtro.

No formaba parte de sus tareas como asistente domiciliaria el recibir paquetes ni visitas.

¿Quién podría ser, entonces?

Buscó la imagen de la cámara que enfocaba la recepción del edificio, y se estremeció... ¡¿Él?!

¡¿Qué hacía él allí?!

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

Volver a Empezar

A través de mis ojos

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite*

<http://www.claravoghan.com.ar/>

Una novela romántica diferente.